

El juego del mundo

Jorge Juanes

La belleza inmediata de un andrajo en el viento.

El loco terror de la trampa en la mirada de un pájaro.

El absurdo relincho de un caballo descosido...

El movimiento perpetuo atrapado con la mano.

Picasso

El llamado abstraccionismo post-pictórico, el minimalismo, el arte conceptual y finalmente la cibercultura, pusieron un hasta aquí a las derivas del cuerpo y a todo aquello que tuviera que ver con la atracción abismal de la naturaleza. Sobra advertir que estamos ante una ofensiva puritana, calculadora, enfocada contra los delirios de la pintura expresionista-gestual y, en general, contra aquello que rompa el orden de la razón impoluta. Se trata de abarcarlo todo, sin restos, en las redes de un discurso omnisciente sin réplica ni oposición y que busca a toda costa, caiga quien caiga, coherencia sistemática y univocidad. Críticos y marchantes, curadores, directores de museos y funcionarios de la cultura comunicaron al mundo el apotegma inapelable: la afirmación personal y emotiva, la encarnación de lo sensual, lo perceptivo incluido deben ceder el paso al imperio glacial del orden categórico conceptual, única garantía para alcanzar la ascesis absoluta capaz de salvarnos del pecado mortal de la carne.

Solo hay que seguir el método infalible: tomar cualquier cuerpo, empezando por el propio, despojarlo de deseos y de sueños nocturnos y diurnos para hacer de él un ciborg, o sea, un autómata apático y exento de tentaciones. Aniquilada ya la inquietante presencia de lo incontrolable, lograremos justo eso: el *summum* del arte inhumano, o si se prefiere post-humano. Tal es la intención; por fortuna, Salomé irrumpió en escena poniendo en juego la ondulante e irresistible danza maldita. Sucedió lo que tenía que suceder: la cabeza de aquel que “estaba poseído por el Espíritu Santo desde el seno de la madre”, rueda por los suelos. Y existe un culpable de la decapitación: la perversa, lúdica y necrofílica belleza satánica que reside en la entraña de Eros. Tanto como desatar las furias de la desmesura, lo agreste y espontáneo, la construcción que desconstruye. Acto de rebeldía en que la mano irredenta sigue al pie de la letra las demandas impuras del exceso desatado. Me refiero, claro esta, a la pintura de Gilberto Aceves Navarro; su dibujo vertiginoso, gestual, sin cortes, fluido,

proliferante siempre; dibujo que mantiene una complicidad estrecha con una poética del color que desentierra fuerzas primarias y da pauta al retorno de formas errantes.

Color-dibujo fiel a las demandas de arabescos interminables a través de los que la figura humana entregada a su libre arbitrio —cuerpo y alma a la vez—, no dejan nunca de expresar. Figura-cuerpo que, por otra parte, representa en sí y para sí el punto de encuentro y de articulación de todo lo que la rodea y cautiva devolviéndole al mundo, en consecuencia, la alteridad que legítimamente le pertenece y que, en rigor, no soporta ser nombrada por concepto alguno. Cuerpos que, por cierto, no se ajustan nunca a la medida de la cabeza. Policleto hace mutis. Cuerpos estáticos, cuerpos dinámicos, cuerpos que avanzan o retroceden.

Cuerpos achaparrados o monumentales. El derroche barroco campea a sus anchas. Hay danza, hay fiesta, hay tragedia, hay seducción. Cuerpos que al ser encarnados en formas plásticas desbordan la expectativa que les dio origen, aflorando en consecuencia sus potencialidades inagotables. Nosotros, espectadores, estamos invitados al juego inconcluso. Se trata en Aceves Navarro de explorar el exceso y el placer del lenguaje pictórico, el suyo, lenguaje des-normalizado, des-jerarquizado ya que en su seno sólo cabe la permuta incluyente.

Repárese, recuérdese que en el *Nacimiento de Venus* es precedido por la Castración de Urano con el consiguiente derramamiento de semen pagano. Aceves Navarro toma nota y despilfarra lo suyo; transfigura y descubre lo que lo bello oculta: lo monstruoso, lo grotesco, la fealdad y también la alegría de vivir, la risa sin fin. Nuestro pintor no olvida; en cada trazo comparece su existencia toda, tanto la infancia poblada por la milagrería del circo y los luchadores míticos, como las sensaciones padecidas / gozadas en las andanzas por la ciudad, shocks, desasosiegos, vértigos, asesinatos, asimismo, el encuentro accidental de la calle cargada de la memoria ancestral que acoge la odisea incierta de la muchedumbre solitaria. Cada uno y su tiempo propio, cada uno y su muerte propia. Recalco esto porque la obra de Aceves Navarro expresa una visión del mundo personal y entrañable que retrayéndose más acá de la experiencia miserable, ofertada por los aparatos mediáticos, mediatizadores, nos propone un retorno a lo auténticamente vivido en el aquí y ahora.

Aceves Navarro arriesga, no se cuida, no busca complacer a nadie, repitiendo los clichés de la moda. Va a lo suyo y punto. Manos, pies, ojos, cabezas, sillas y mesas, animales fantásticos, ruinas prehispánicas abiertas al cosmos, la línea curva siempre, posiciones anticlásicas, torsos, bañistas, burros y avispones; y súbitamente Felipe II revive para presidir la romería comandada por el pintor. Es cierto el ritmo de la plástica que el artista ofrece a la contemplación / participación le debe mucho al *tempo* de la música. Esto,

lo otro, aquello. Las puertas están abiertas al infinito aunque, y antes que nada, hay un protagonista destacado: la pintura-pintura, porque de eso se trata finalmente. Aun y siendo contemporáneo de sus contemporáneos Aceves Navarro no olvida nunca la herencia recibida, busca cómplices en la gran pintura, y, por supuesto, los encuentra. Pintura es para él meta-pintura, una patria, un lenguaje que se abre y se basta así mismo, en el credo del artista reside la creencia de que la historia del arte es un continuo, un continuo que paradójicamente cada pintor debe discontinuar con su propuesta propia e irreductible. Ni barroco, ni neo-expresionista, ni profeta, ni modelo paradigmático, sino simplemente pintor. Aceptemos el envite, adentrémonos en la Caja de Pandora.

Jorge Juanes. “El juego del mundo”. Texto de la presentación del disco interactivo
Gilberto Aceves Navarro *Catálogo razonado de pintura 1950-2000*. Presentado en el
Museo de Arte Moderno. México D.F. agosto de 2001.

Jorge Juanes. “El juego del mundo”. Texto publicado en el catálogo de la exposición
Autorretrato fragmentado. Museo Universitario del Chopo, UNAM/CONACULTA/INBA.
México D.F., agosto-noviembre 2001. pag. 14.